



Capítulo 1

Aula Magna

Migraciones internacionales

Aldo Panfichi / Editor



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

La publicación del presente trabajo fue posible gracias a la colaboración de la Organización Internacional para las Migraciones.

Aula Magna - Migraciones internacionales

Primera edición, noviembre de 2007

© Aldo Panfichi, editor

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-6140

Fax: (51 1) 626-6156

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Ilustración de cubierta: Gabriel Alayza

Diseño de cubierta e interiores: Juan Carlos García Miguel

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-9972-42-831-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-11816

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Repensando el estudio de las migraciones contemporáneas en las ciencias sociales: algunas contribuciones desde la perspectiva transnacional

Liliana Rivera Sánchez

Introducción

Este capítulo tiene como objetivo plantear algunos de los dilemas que enfrentan hoy las ciencias sociales al analizar el proceso migratorio interno e internacional en nuestros países; es decir, indaga sobre cómo entender, hoy en día, las intersecciones entre el «sur global» y el «norte global», sobre cómo entender las movilidades sociales y sobre cómo no reducir el estudio de los procesos migratorios a la medición de los flujos de personas en una dirección. Así, este capítulo pone en perspectiva algunos de los vacíos explicativos que conllevan nuestras formas de mirar desde una sola latitud, desde el norte o desde el sur, desde los países emisores de migrantes o desde los países receptores de estos; o, por otro lado, desde las teorías de la integración, como se hace hoy en Europa cuando se piensa en los migrantes como un problema para la integración social en los barrios de las ciudades, o desde las nuevas teorías de la asimilación, como ocurre más recientemente en Estados Unidos cuando se piensa en los migrantes como una amenaza para la seguridad.

Cotidianamente observamos, a través de los medios de comunicación, las formas en las cuales la vida económica, política, sociocultural y religiosa trasciende las fronteras de los Estados nacionales. De la misma forma, por medio de los medios de comunicación nos llegan, continuamente, las imágenes y noticias de personas que se mueven a través de diferentes regiones y construyen otras formas de vida y de relación con sus familiares y sus lugares de origen. Algunos se asientan en los lugares de destino de forma más o menos permanente, otros más de manera temporal y otros circulan constantemente a través de diferentes espacios, estableciendo diversas formas de inserción y de relación a distancia, con todos los efectos que tales movilidades suponen sobre los lugares, las personas y los bienes simbólicos.

En este contexto, la migración no solo es un fenómeno que supone el desplazamiento de personas de un lugar de origen hacia un lugar de destino, sino un proceso que implica múltiples desplazamientos espaciales, laborales, sociales, culturales

y políticos, y supone no solo cambios demográficos o mudar de residencia, sino un constante intercambio de ideas, recursos, prácticas, discursos y símbolos, los cuales producen otro tipo de identidades, organizaciones, relaciones y también desigualdades, y luego la constitución de otros sujetos sociales. Esta conceptualización de la migración requiere también de otras formas de abordaje que den cuenta de las múltiples aristas del fenómeno migratorio, es decir, otras miradas que permitan entender a la migración como un proceso social complejo y que contribuyan a romper con los análisis que llevan a la clásica dicotomía entre un lugar de origen y un lugar de destino. Entonces, se trata de entender los procesos migratorios contemporáneos en el contexto de la lógica del capitalismo global, ligados, sin duda, a las transformaciones societales locales-regionales que están ocurriendo en diversas partes del mundo y, por supuesto, también en la región latinoamericana.

Estas premisas nos conducen a reflexionar sobre cómo podemos estructurar un cuerpo teórico, además de un diseño metodológico, que permita entender el proceso migratorio en su dimensión compleja y no solo estudiar a la migración como un flujo o desplazamiento entre países; es decir, nos llevan a introducir la reflexión de desde dónde estudiarlo y cómo entenderlo, para lo cual es importante repensar, por un lado, las unidades de análisis en el proceso migratorio, la posición misma del investigador frente a tales procesos, y, por otro, considerar la reelaboración de una teoría de la sociedad y la inclusión de una perspectiva del poder y la desigualdad al hablar de migración (Glick Schiller 2006). La migración es parte de un proceso societal contemporáneo más amplio. Estas premisas son relevantes no solo cuando analizamos la migración del sur al norte, sino de sur a sur, de oriente a occidente y entre regiones vecinas, e incluso cuando intentamos dar cuenta de procesos de migración interna en nuestros países, bajo el supuesto de que dentro de los «sures» también hay «nortes» y en los «nortes sures», por ende, también profundas desigualdades regionales que deben ser consideradas en los análisis sobre las movilidades y, particularmente, sobre el proceso migratorio.

El capítulo recupera algunos de los aportes principales de los estudios de migración desde la perspectiva transnacional, presentando algunos conceptos básicos que permiten, por un lado, entender el proceso migratorio y sus implicaciones en una dimensión global, sin oscurecer las especificidades regionales-locales; asimismo, permite discutir, en términos metodológicos, algunas estrategias de investigación que permiten visualizar el proceso en tal dimensión. El documento desarrolla algunos conceptos teóricos relevantes que pueden contribuir a entender el proceso migratorio también en la región latinoamericana. El objetivo es recuperar estos debates y situar nuestras realidades en ellos, no solo para exportar conceptos teóricamente útiles al trabajo académico, sino para contribuir a comprender el significado de tales procesos en una dimensión latinoamericana global.

El capítulo se organiza en seis partes. En la primera parte, se desarrollan algunas ideas para entender al proceso migratorio como un proceso complejo, que supone múltiples movibilidades societales. En la segunda parte, se apuntan algunos de los principales aportes de la perspectiva transnacional en las ciencias sociales y, particularmente, en los estudios contemporáneos sobre las migraciones. En la tercera parte, se presentan algunas de las preguntas centrales de investigación en la perspectiva de análisis de la migración transnacional, y se desarrollan algunos conceptos básicos, tales como incorporación y simultaneidad. En la cuarta parte, se abordan los niveles del análisis transnacional. En la quinta parte, se desarrolla el tema de las conexiones transnacionales, y se definen las diversas unidades de análisis propuestas por los teóricos de la perspectiva transnacional para estudiar las migraciones globales. Finalmente, en la última parte, el capítulo apunta algunos de los retos metodológicos que enfrentan los estudios sobre el proceso migratorio contemporáneo; asimismo, se presenta, en la sección final, una propuesta metodológica para el análisis de circuitos migratorios complejos (con trayectos de migración interna e internacional).

1. El proceso migratorio como un proceso societal

Si bien es cierto que los migrantes internacionales se mueven entre países —es decir, salen de ciertos lugares de origen y se establecen en ciertos sitios de destino—, esta movilidad es estructurada no solo por la relación entre dos mercados, dos sociedades y dos naciones, sino por los flujos globales del capital, y desde allí debemos pensar también el análisis de la configuración de los Estados nacionales contemporáneos en esta etapa de intensificación de las migraciones mundiales y de reordenamiento de las movibilidades.

El objetivo es subrayar que el análisis de las migraciones en el contexto global, desde una perspectiva particularmente transnacional, no significa desdeñar ni el papel de los Estados nacionales ni desenfocar las localidades particulares en las cuales la intensificación de la migración y sus efectos se hacen evidentes, sino insistir en no perder de vista que la unidad de análisis y referencia de los procesos migratorios no puede estar circunscrita a Estados nacionales (Basch, Glick Schiller y Szanton 1992) ni a circunstancias exclusivamente locales, o regionales, sino a lógicas que sobrepasan la relación entre localidades de origen y localidades de destino; es decir, las migraciones ocurren en un mundo global estructurado e integrado de manera desigual entre regiones. En este sentido, los estudios de la migración internacional deberían dar cuenta de lo que ocurre en esas intersecciones entre regiones desiguales y, luego, las migraciones deben ser estudiadas como parte de los procesos de diferenciación social de las sociedades contemporáneas, para lo cual necesitamos reelaborar una teoría de la sociedad que no identifique necesariamente a la sociedad con el Estado nacional

(confróntense Levitt y Glick Schiller 2004, y Glick Schiller 2005 y 2006), que reconoce particularmente que las relaciones sociales se estructuran de múltiples formas y que el Estado nacional no es un sinónimo de sociedad, al menos no es la única forma de organización de las sociedades.

Si bien las ciencias sociales actuales son producto, particularmente, de la etapa de conformación de los Estados nacionales y fueron reorganizadas en esa dimensión, el reto consiste en no partir de unidades de análisis que limiten las relaciones sociales a los Estados como «contenedores» y confines de procesos, sino en entender a los propios Estados nacionales y sus roles diferenciados por la posición que cada uno tiene y juega en el mundo global.¹ El peso económico y político de los Estados nacionales genera relaciones asimétricas entre regiones; entonces, la circulación de migrantes, el traspaso de fronteras nacionales, los asuntos de integración e incorporación de los inmigrantes contemporáneos son, sin duda, asuntos que conciernen a más de un Estado. Esta consideración no implica disminuir la relevancia del papel de las políticas circunscritas a los Estados nacionales o el papel de los propios Estados, sino entender los procesos en el contexto de la correlación de fuerzas del capitalismo global. Implica, finalmente, que las relaciones y la lógica de acción de los sujetos migrantes contemporáneos va más allá de la relación dicotómica entre el país emisor y el receptor, y que la migración responde también a lógicas de mercados laborales, estructuras de jerarquización societales —por raza, género, clase y etnia—, que pueden observarse nítidamente tanto en las sociedades desde donde se desplazan como en donde llegan a insertarse. De tal forma, los flujos migratorios no solo responden a las lógicas de la clásica relación entre *push and pull*, como los factores explicativos de las migraciones y las movilidades en general.

1 Wimmer y Glick Schiller (2003) aseguran que el «nacionalismo metodológico» en las ciencias sociales ha oscurecido el análisis sociológico, al proponer al estado-nación como una unidad de análisis en la teoría social, desarrollando, entonces, concepciones sobre la base de esa unidad analítica para estudiar las movilidades y las migraciones por más de un siglo. Estos autores sugieren que el nacionalismo metodológico consiste, fundamentalmente, en la naturalización del estado-nación por parte de las ciencias sociales, como la forma universal de organización política y de organización en general de las relaciones sociales. Wimmer y Glick Schiller identifican tres variantes principales del nacionalismo metodológico en la teoría social: a) ignorar la importancia del nacionalismo para las sociedades modernas; b) la naturalización del estado nacional, es decir, tomar como dadas las fronteras de los Estados nacionales y, luego, como una unidad de análisis predeterminada para la teoría social, y c) que la delimitación territorial confina los estudios de los procesos sociales a las fronteras geográficas y políticas de Estados nación particulares. Estas variantes combinadas han definido una estructura epistémica en la teoría social contemporánea y, a partir de tal reconocimiento, los teóricos de la perspectiva transnacional argumentan la relevancia de entender las relaciones sociales más allá de los contenedores del estado-nación. Este es, precisamente, el punto de partida que inspira las diversas propuestas de análisis dentro de la perspectiva transnacional.

Así, la migración entendida como un proceso requiere también de un análisis integral de los lugares involucrados en las movilidades, por qué las personas se mueven hacia esos sitios, cómo se mueven, y cómo se relacionan y posicionan frente a otros que no necesariamente son parte de su grupo nacional. Por ejemplo, y en esta línea, Nina Glick Schiller (2006) propone movernos de los análisis circunscritos a grupos nacionales de migrantes —por ejemplo, migrantes mexicanos en Los Ángeles, dominicanos en Nueva York o peruanos en Madrid— o grupos étnicos —por ejemplo, mixtecos oaxaqueños en Tijuana— y entender la lógica de las movilidades en una perspectiva más amplia, que permita localizar a los migrantes en los engranajes del funcionamiento de los flujos globales, y, luego, estudiar y problematizar también las múltiples localidades de establecimiento y las formas de incorporación de los migrantes contemporáneos, y no solo las localidades de salida y llegada. Una de las propuestas que subyace en los estudios realizados desde la perspectiva transnacional es entender la intersección entre estos espacios a partir de cómo se interconectan las personas y los sitios distantes, las circunstancias vitales y las lógicas de acción y relación entre estos; es decir, se trata de mirar los efectos desde una perspectiva también local-global.

2. La perspectiva transnacional en las ciencias sociales

La perspectiva transnacional emerge en las ciencias sociales como una propuesta analítica que busca entender las interacciones entre los procesos locales y los procesos globales, entre las personas o las instituciones a través de los Estados nacionales (Vertovec 1999); más aún, desde esta perspectiva, podemos entender no solo procesos que cruzan las fronteras de los Estados nacionales, sino aquellos procesos y relaciones que atraviesan límites y trascienden fronteras de diversos tipos y clases (Khagram y Levitt 2004).² En ese sentido, la perspectiva transnacional, si bien permite entender los procesos de migración contemporáneos, permite fundamentalmente dar cuenta de cómo las personas concretas viven las implicaciones de estar insertas en un mundo global; así, no se trata exclusivamente de una perspectiva analítica para entender la migración, sino de una que permita entender las movilidades sociales, espaciales, económicas y las implicaciones de cruzar fronteras en diversos sentidos. De esta forma, los estudios sobre migración transnacional constituyen solo una pieza de un campo de estudios emergente y dinámico en el contexto de la globalización contemporánea, que, particularmente, se inscribe en lo que hoy conocemos como el campo de los

2 Me refiero, en términos estrictos, a lo que en inglés se expresa como *borderlands*, *borders* y *boundaries*, como diversas formas de marcar fronteras, no solo geográficas, sino simbólicas, socioculturales, raciales, étnicas y de clase. Para una discusión interesante sobre la función de las fronteras en la vida migrante, confróntese De Genova 2005, así como en una perspectiva más amplia —sobre los conceptos de conexión y frontera— Donnan y Wilson 1999, y Barth 2000.

estudios transnacionales en términos generales (véanse, por ejemplo, Vertovec 1999, Khagram y Levitt 2004).

Hacia finales de la década de 1980, se abrió un intenso debate acerca de cómo abordar el fenómeno migratorio, no por tratarse de un fenómeno nuevo —a pesar de que la migración contemporánea tiene elementos diferentes de los de las migraciones de los siglos anteriores; es decir, ocurre en un contexto distinto del desarrollo económico mundial (véanse Morawska 2001 y 2003)— sino de un fenómeno que implica tal complejidad y que requiere, en términos analíticos, de adoptar otros «lentes» que den cuenta de esa complejidad contemporánea (Portes 2003, R. Smith 2003), particularmente de elementos tales como el aceleramiento de los flujos, las interconexiones y las nuevas tecnologías de comunicación.

En ese contexto, emerge una perspectiva que intenta, en alguna suerte, generar una propuesta alternativa —a pesar de ciertas limitaciones iniciales constantemente señaladas por sus críticos (véase Waldinger y Fitzgerald 2004)— para estudiar el fenómeno migratorio en el contexto de las transformaciones societales globales y entender el proceso migratorio como parte de las fuerzas globales experimentadas y vividas por las personas que se desplazan, pero también las vivencias experimentadas por aquellos que no se mueven y, sin embargo, viven las implicaciones de la experiencia migratoria (Levitt 2001). Es decir, la perspectiva transnacional intenta explicar, a la vez, procesos de diferenciación social y de cohesión social —preocupaciones fundacionales de las ciencias sociales y, particularmente, de la sociología— para dar cuenta de cómo el proceso de globalización estructura la vida de las personas concretas,³ subrayando los problemas de desigualdad y de justicia económica y social en el mundo global (Morawska 2001 y 2003), y dando cuenta, al mismo tiempo, de cómo las personas se insertan o incorporan de múltiples formas en esas dinámicas globales, más allá de las ciudadanía formales, de las membresías institucionales y de los dispositivos que permiten, incluso, clasificar a las personas como «legales» e «ilegales» en los contextos de la migración global.

La perspectiva transnacional se alimenta de algunos planteamientos teóricos del pensamiento histórico estructural, de la sociología económica moderna y de las propuestas del pluralismo cultural y étnico; es producto, particularmente, de la intersección, según Luis E. Guarnizo (2005), de un cambio epistémico en las ciencias sociales, y de cambios notables en los patrones de migración tradicionales; constituye una respuesta también a la interacción de tales cambios con las modificaciones experimentadas en el contexto sociopolítico y tecnológico mundial que facilitan la interconexión a larga distancia (Guarnizo 2005).

3 Morawska (2003) propone entender la migración como un proceso de estructuración, es decir, un proceso social inserto en la dinámica continua entre la estructura y la agencia, pero prolongado a través de dominios o campos transnacionales que atraviesan las fronteras interestatales.

Así, desde esta perspectiva, se concibe a la migración no como un proceso dicotómico y unidireccional, o bidireccional entre lugar de origen y lugar de destino, sino como un proceso que involucra múltiples destinos y movilidades diversas, y no exclusivamente como producto de decisiones individuales de maximización de recursos de migrantes desconectados de su contexto social. Se concibe a la migración como un proceso dinámico de conexiones e interconexiones globales, de redes sociales, prácticas y vínculos que estructuran las movilidades socioespaciales, y luego la vida laboral, social, política y cultural tanto de la población migrante como de familiares, amigos y habitantes en los lugares llamados de salida y de llegada, donde tales efectos de la migración son vistos como procesos enraizados y condicionados por múltiples estructuras sociales. En estos, se entretajan diferentes niveles de relaciones, como, por ejemplo, relaciones y obligaciones familiares, comunitarias e institucionales (Guarnizo 2005), las cuales son estructuradas también a partir de ciertos contextos de salida y de llegada a nivel regional-estatal, a la vez que delineadas en algún sentido por las características particulares de las políticas migratorias entre regiones y países. Es decir, los procesos migratorios son estructurados por su enraizamiento social, especialmente por los contextos en los cuales ocurre. Por ello, es importante dar cuenta de la organización social que sostiene el proceso migratorio entre las regiones y sus conexiones internacionales (Rivera y Lozano 2006).

Entonces, cómo podemos estudiar la modalidad del *vivir transnacional* (Guarnizo 2003) cuando los migrantes no necesariamente rompen sus lazos afectivos, identitarios, sociales, políticos, culturales y económicos con los lugares desde los cuales se desplazan. De hecho, mantienen relaciones a larga distancia y siguen participando, en algún sentido, en los asuntos de la familia e, incluso, en asuntos de carácter colectivo o comunitario, en algunos casos. Es importante analizar cómo funciona este intercambio de recursos sociales y culturales en esos espacios relacionales o campos sociales que implican prácticas a larga distancia.

Un análisis desde la perspectiva transnacional implica adoptar un estudio de las prácticas de relación a diferentes niveles (individual, familiar, institucional y comunitario) y ver cómo estas prácticas se transforman y transforman, a la vez, las relaciones sociales en contextos particulares; cómo pueden influir estas prácticas, por ejemplo, en las políticas de los Estados nacionales, pero cómo tales también constriñen e influyen las prácticas de los migrantes y sus relaciones. Esta perspectiva puede ofrecer un mapa complejo de las relaciones, los actores, los recursos sociales y culturales, y las prácticas involucradas, así como de los efectos mismos del enraizamiento social múltiple que conlleva el acto de migrar.

Es decir, no podemos observar de manera separada *lo que va*, respecto de *lo que viene* en los procesos migratorios, las remesas económicas que fluyen de norte a sur y los migrantes, por ejemplo, que se desplazan fundamentalmente del sur al norte,

o los recursos sociales y culturales que necesariamente fluyen de manera circular. El efecto de las migraciones va mucho más allá de su crucial impacto económico. El desplazamiento, que no solo es laboral, aunque se asume como un motor central de las movilidades, también tiene efectos sociales, espaciales y culturales. Por ejemplo, la transferencia de recursos económicos desde el norte está enraizada y es alimentada por fuertes lazos socioculturales y afectivos que unen a los migrantes a su tierra y a su familia, y, por ello, las acciones de estos son solo entendibles en esa doble contextualidad del llamado *vivir transnacional* que nos propone Luis Eduardo Guarnizo (2003 y 2005). Con ello, se alteran también los patrones prevalentes de relaciones sociales en las localidades, las relaciones familiares, los hábitos de consumo, las relaciones de género, las percepciones de la vida cotidiana, los imaginarios sociales, las identidades y los procesos de identificación, que permiten, en alguna forma, también una diseminación del capitalismo global, y muestran cómo la globalización es también local (Appadurai 1996). Los efectos son múltiples: algunos pueden ser negativos o positivos; pueden generar ciertas formas de subsistencia, distintas de las encontradas en las regiones de donde los migrantes salen. Algunos autores suponen que la experiencia migratoria puede generar otras formas de desarrollo, pero también puede desencadenar nuevas formas de desigualdad y pobreza (Levitt y Nyberg-Sorensen 2004). En suma, los efectos de la migración deben leerse como expresiones locales de desigualdades globales.

3. Las implicaciones de la perspectiva transnacional en los estudios de migración

Reconocer que la migración contemporánea es un proceso transnacional no es suficiente, pues no se trata de adjetivar a ese proceso social —como, en efecto, se ha hecho en algunas investigaciones recientes, sin considerar las implicaciones analíticas de tal reconocimiento—. El hecho de realizar estudios sobre migrantes internacionales supone, en algunos casos, experiencias de migración transnacional, pero reconocerlo no significa adoptar una perspectiva analítica transnacional. Lo cierto es que existen diversas propuestas en la óptica transnacional, con diversas unidades de análisis e implicaciones metodológicas; muy probablemente, el uso excesivo del término —solo como un adjetivo— haya, en alguna medida, desviado la discusión acerca de cuáles son las variables por considerar y cuáles son las implicaciones teóricas y metodológicas de los estudios de migración desde la perspectiva transnacional.

Desde finales de la década de 1980, se acuñó la idea de que la migración transnacional era un proceso a través del cual los migrantes forjaban y mantenían simultáneamente relaciones sociales que los vinculaban entre las sociedades de origen y las llamadas sociedades de destino (Glick Schiller *et al.* 1992), y se definió, como una

preocupación central de las investigaciones en esta línea, la explicación de cómo los migrantes mantienen y desarrollan esos vínculos que les permiten involucrarse simultáneamente en más de una sociedad, entendido el *involucramiento* como múltiples formas de incorporación. La idea de incorporación está basada en la concepción de que las relaciones sociales son las que construyen estas interconexiones y que ellas se expresan, particularmente, en modalidades de simultaneidad.

Glick Schiller (2003) acuñó, más adelante, una definición comprensiva de las formas de incorporación de los migrantes contemporáneos, y planteó dos modalidades básicas, *formas de ser* y *formas de pertenecer*, para referirse a las relaciones sociales y las prácticas que permiten a los migrantes involucrarse, conectarse y generar campos sociales transnacionales, entendidos estos no como contenedores, sino como «arenas» de relaciones sociales o, más consistentemente, como una «web de redes sociales», lo cual implica reconocer que los campos sociales se encuentran siempre en intersección con otros campos.

La primera modalidad de incorporación —formas de ser transnacional— implica que hay migrantes que están interactuando en estos campos de relaciones, los cuales son transnacionales, pero que estos actores no se identifican con esa actividad que los conecta con otros en esos espacios transnacionales llamados aquí *campos* (volveremos sobre este concepto más adelante). Mientras, la idea de las formas de pertenecer o de pertenencia a los campos sociales transnacionales refiere a un nivel de identificación al que los migrantes eligen adscribirse; es decir, realizan acciones o prácticas que deliberadamente les permiten conectarse con otros a distancia: vincularse, por ejemplo, con una organización, una actividad o un grupo, o bien desarrollar una práctica que saben de antemano que posibilita tal conexión y que, por ello, realizan (Levitt y Glick Schiller 2004, Glick Schiller *et al.* 2006)

La naturaleza de estas formas de simultaneidad puede variar con el tiempo y entre grupos de migrantes —por género o por clase, por ejemplo—. Sin embargo, el supuesto de que los migrantes establecen variadas formas de incorporación simultánea es una hipótesis que los estudios sobre migración transnacional han venido proponiendo y afinando a lo largo de más de una década. Estos han mostrado empíricamente, además, cómo los migrantes establecen relaciones a través de las fronteras de los Estados nacionales y entre diferentes regímenes legales. Es decir, las formas de incorporación implican múltiples niveles de acción y relación de los migrantes y sus familias, así como formas diferenciadas de incorporación tanto dentro de un mismo Estado nacional como a través de las fronteras hacia otros Estados nacionales, de manera paralela o simultánea.

De esta premisa se deriva una de las preguntas centrales de investigación que proponen los estudios transnacionales y que se ha desarrollado en diversas investigaciones, la cual consiste en focalizar la investigación en cómo los migrantes desarrollan

prácticas de interconexión a distancia, sus niveles de relación y sus formas de incorporación. De esta manera, estas intersecciones relacionales constituyen un punto nodal para observar qué ocurre en la experiencia de la migración y cómo se negocian cotidianamente las diversas y múltiples —en tanto simultáneas— formas de incorporación. Así, un segundo conjunto de preguntas que subyace en las investigaciones desde la perspectiva transnacional es cómo se atraviesan las fronteras de diversos tipos, cómo se negocian los límites en los umbrales de estas y, luego, cómo se desarrollan esas formas simultáneas de incorporación.

A pesar de que existe consenso entre los estudiosos de la migración transnacional acerca de las críticas al nacionalismo metodológico —como punto de partida de la perspectiva transnacional—, así como en torno de las preguntas centrales de investigación, se han desarrollado diversos conceptos, unidades de análisis y estrategias analíticas para entender los procesos asociados a las formas en las cuales los migrantes mantienen relaciones a distancia y generan interconexiones transnacionales. Los estudios transnacionales son necesariamente interdisciplinarios y han sido desarrollados por académicos de diversas latitudes y orígenes teóricos, y quizá esto también explica la diversidad de formas de abordaje. Los propios debates entre quienes comparten la misma perspectiva han abierto, en cierta forma, un espacio propicio para múltiples señalamientos críticos. Entre estos señalamientos, trascienden las críticas no fundadas en las debilidades teóricas de la perspectiva, sino en cierto uso excesivo y quizá extensivo del adjetivo *transnacional* en algunos estudios contemporáneos sobre el proceso migratorio.

Las críticas van desde señalar que la experiencia de conexión transnacional es un fenómeno pasajero y predecir que, a partir de la segunda o bien tercera generación, desaparecerá (Portes *et al.* 1999); discutir si la migración transnacional es nueva o no lo es, arguyendo que la experiencia de los migrantes del siglo pasado también mostraba formas de conexión a distancia; hasta, incluso, señalar que no todos los migrantes establecen conexiones transnacionales y que, entonces, el problema de la escala disminuye en alguna sentido la relevancia del fenómeno de interconexión. Otros más han señalado que la experiencia transnacional de la migración solo se ha documentado a través de estudios de casos particulares que aluden a realidades de algunas regiones como Latinoamérica y el Caribe, por ejemplo (confróntese Waldinger y Fitzgerald 2004). Pero el objetivo en este capítulo no es argumentar sobre lo extensivo de la experiencia de migración transnacional o sobre si la migración transnacional es un fenómeno nuevo, o discutir acerca de su durabilidad, sino recuperar fundamentalmente las contribuciones analíticas y, sobre todo, mostrar el potencial de ciertas propuestas teórico-metodológicas relevantes para la comprensión de un proceso complejo inserto en dinámicas globales, que, si bien no es del todo nuevo, está transformando las formas de vida de personas en muy diversas latitudes. Esto es suficiente para experimentar otras formas de abordaje.

4. Las dimensiones de la experiencia transnacional

La diversidad de reflexiones dentro de la perspectiva transnacional en los estudios de migración da cuenta de propuestas interesadas en desarrollar parámetros y niveles de análisis de las relaciones y las prácticas transnacionales, con la idea de formalizar el estudio de estas (véanse, por ejemplo, Portes y Guarnizo 1991, Itzingsohn y Giourguli 2002). Es decir, se trata de determinar cómo se construyen y mantienen las conexiones transnacionales de los migrantes, si «desde arriba» —si son los flujos del capital global, las instituciones formales o los medios de comunicación— o «desde abajo» —desde el nivel de la localidad, los compromisos comunitarios, los empresariados étnicos y las actividades de organizaciones locales— (Smith y Guarnizo 1998), o más recientemente —como proponen Mahler y Hansing (2005)— desde «en medio», nivel que permite articular lo local y lo global a través de estudiar los puentes, en tanto nexos que vinculan la agencia del actor en los niveles macro y micro. Es decir, es entender qué es lo que hace posible el desarrollo de actividades transnacionales, por un lado, estudiando a quienes están involucrados transnacionalmente —en qué tipo de actividades y por qué razones— y, por otro lado, incorporando escalas temporales y espaciales en las cuales las prácticas ocurren.

En esta última propuesta, el objetivo es dar cuenta del tipo de interacciones a partir de los sistemas de estratificación múltiple y entender cómo funcionan las llamadas *geometrías de poder* que condicionan la agencia, particularmente las jerarquías a propósito de clase, género, raza, etnia, nacionalidad, ciudadanía, etcétera. Las autoras proponen entender en este contexto las localizaciones sociales de los sujetos migrantes y dar cuenta de cómo se interconectan los niveles micro y macro en el análisis, es decir, cómo se construyen las interconexiones transnacionales desde el nivel intermedio, y no solo «desde abajo» o «desde arriba» (Mahler y Hansing 2005); finalmente, analizan qué ocurre en las intersecciones de la acción de los actores y las acciones de instituciones y Estados nacionales.

Por otro lado, Portes *et al.* (2002) y Portes (2003) han propuesto concentrar el estudio en aquellos actores que están involucrados regularmente en el desarrollo de actividades transnacionales, aun cuando, en términos cuantitativos, sean relativamente pocos migrantes; es decir, han planteado estudiar las actividades de empresarios, miembros de organizaciones políticas, grupos culturales o familias involucradas en el desarrollo de prácticas transnacionales. Se trata de un estudio más de individuos o grupos focalizados, directamente involucrados en la experiencia transnacional. Mientras, otros autores proponen incluir el estudio tanto de las prácticas formales como informales, no necesariamente constantes en el tiempo —que pueden ser prácticas religiosas, sociales, culturales—, las cuales permiten conectar diferentes niveles de la experiencia vital, aun cuando no son prácticas regulares (Levitt 2001). Incluso, algunos autores proponen estudiar, en esta perspectiva, también aquellos vínculos que

se reactivan en momentos especiales de quiebre, ante un desastre natural —un terremoto, el paso de un huracán, una inundación, entre otros— o a partir de un evento familiar particular —la muerte de un familiar cercano, un matrimonio, una emergencia médica, por mencionar algunos— que marca la reactivación de las relaciones solidarias entre paisanos o familias geográficamente distantes (Levitt y Glick Schiller 2004, Mahler y Pessar 2001)

Así, en la perspectiva transnacional, se plantea ubicar el análisis acerca del proceso migratorio en diferentes niveles —micro, meso y macro— y ver sus múltiples interrelaciones. Es entender cuáles son los arreglos en cada uno de estos niveles y cómo se influyen mutuamente, cuáles son las intersecciones que hacen posible los múltiples desplazamientos, y cuáles son las condiciones que posibilitan el ir y venir de los migrantes, el envío de las remesas y los regalos, la circulación de bienes materiales, discursos, valores, ideas e imaginarios (Levitt 2001). No se trata solo de dar cuenta de su volumen en términos cuantitativos, sino de dar cuenta de los significados de tales movibilidades e intercambios en diferentes niveles, diversos contextos y temporalidades.

Esta dinámica de múltiples intercambios implica relaciones diferenciadas, pero también diversas escalas geográficas: una dimensión translocal —entre localidades de origen y de destino—, una dimensión multilocal —entre los múltiples destinos— y una dimensión más propiamente transnacional, que tiene que ver con la relación de los Estados nacionales con sus diásporas y la dinámica misma de las políticas migratorias (Guarnizo 2005).

5. Dónde estudiar las conexiones transnacionales

Campos sociales transnacionales

Bajo el supuesto de que los migrantes mantienen relaciones a distancia entre lugares de origen y de establecimiento, a través de múltiples niveles relacionales y espaciales, ellos, en tanto actores, constituyen campos sociales transnacionales, inmersos en relaciones de poder que posibilitan la llamada acción social transnacional, realizada por lo que Glick Schiller (1999: 197) denominó como los *transmigrantes*. La idea de que los migrantes constituyen campos de acción transnacional deriva de la noción de campo social a la manera de Bordieu (1989 y 1990). Es decir, se trata de campos en los que las relaciones de fuerza estructuran las localizaciones de los actores; performan su papel en el campo, mediados por la correlación de fuerzas y la posibilidad de poner en juego ciertos capitales, al establecer relaciones con otros actores.⁴ No obstante, los

⁴ Para Bordieu, la sociedad es la intersección de varios campos sociales, los cuales se encuentran insertos y mediados por cierta estructura política, según Jenkins (1992) citado por Glick Schiller (2005: 442).

campos de acción transnacional consideran —a diferencia del concepto de Bordieu o de la Escuela de Antropología de Manchester— la posibilidad de extenderse a través de las fronteras estatales y romper con la idea del concepto de *lo social* igualado al de sociedad como *contenedor* (Glick Schiller 2005). En suma, los campos sociales transnacionales son espacios relacionales, una red de redes, que atraviesan fronteras y que marcan intersecciones societales. Los campos sociales transnacionales fueron propuestos como la unidad de análisis por los primeros teóricos de la migración transnacional (Glick Schiller *et al.* 1992, Glick Schiller y Fouron 1999, Glick Schiller 2005).

Comunidades transnacionales

Otra forma de conceptualizar las relaciones sociales transnacionales es la que está bajo el concepto de una *comunidad transnacional*, propuesta como una unidad de análisis en los estudios de migración transnacional; esta forma es referida por diversos autores y desarrollada en la tradición antropológica: en Europa, por el Programa de Comunidades Transnacionales británico, coordinado por Vertovec, y, en Norteamérica, por Kearney y colegas (véase Kearney y Nagengast 1989). No obstante, tal concepto ha recibido críticas dentro de la misma perspectiva transnacional. Según algunos de sus críticos, en esta perspectiva las redes de migrantes que vinculan a personas entre localidades son reducidas a la dinámica de un solo campo social que conecta a las localidades de origen y de destino en un espacio interseco, pero en alguna forma homogéneo, en el cual se visualizan relaciones y prácticas endógenas, fundamentalmente (Kearney 1995); luego, según Glick Schiller (2006), el Estado no es considerado como un actor en esas comunidades transnacionales.

Lo que podemos observar es que comunidad transnacional refiere diferentes niveles de análisis, según las interpretaciones de los autores; por ejemplo, es referida como una localidad específica en la cual las relaciones sociales se expanden o trascienden por medio de la migración a través de las fronteras interestatales (Goldring 1996, Smith 1998, Levitt 2001). Otros autores identifican a la comunidad transnacional como grupos de migrantes originarios de una misma región, que desarrollan prácticas transnacionales y se mueven a través de las fronteras interestatales o societales —como, por ejemplo, los mixtecos oaxaqueños entre México y Estados Unidos (Kearney y Nagengast 1989)—. Incluso, se toma a la comunidad transnacional en un sentido más amplio, como un grupo de personas de un mismo origen nacional en otro país —como, por ejemplo, las comunidades transnacionales de mexicanos en los Estados Unidos—. Se igualan grupos nacionales a comunidades y, así, se toma el riesgo de caer nuevamente en la trampa del nacionalismo metodológico en otro nivel: se oscurece, entonces, el estudio de los efectos de la interacción entre campos con otros grupos y redes, así como con otros espacios físicos.

En suma, la comunidad transnacional parece considerar, por un lado, como iguales a las regiones y países entre los cuales las personas establecen relaciones a distancia, y, por otro, como soberanos a los actores que se mueven a través de esas regiones. Esta mirada de las comunidades transnacionales como unidades de análisis etnoculturales, según Glick Schiller (2005), oscurece también el efecto de las fuerzas globales del capitalismo contemporáneo.

Espacios sociales transnacionales

Otra unidad propuesta en esta perspectiva es la del espacio social transnacional, la cual intenta «espacializar» las relaciones sociales. El concepto ha sido desarrollado por Ludger Pries (2001) y Thomas Faist (2000), principalmente. Los espacios sociales transnacionales son dominios atravesados por relaciones sociales, producto de reconfiguraciones espaciales dibujadas por redes sociales más allá de los contextos sociales delimitados por los Estados nacionales; es decir, son estructuras de referencia para el posicionamiento social de actores involucrados transnacionalmente (Pries 2001). Por su parte, Faist (2004) sugiere que los espacios sociales transnacionales son una mezcla de espacios de flujos y espacios de lugares, es decir, una combinación de vínculos, posiciones en redes y organizaciones, así como redes de organizaciones que cruzan las fronteras de múltiples estados (Faist 2004: 337). En la concepción de Faist, hay espacios sociales con diferentes grados de institucionalidad, desde grupos con una estructura organizacional bien desarrollada, diásporas, comunidades transnacionales y grupos religiosos, hasta los menos institucionalizados, tales como redes de familias, movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales, por mencionar algunos (Faist 2004: 337-8).

Formaciones sociales transnacionales

Por su parte, Guarnizo (1997) y Landolt *et al.* (1999) proponen la formación social transnacional como una unidad de análisis e investigación en los estudios sobre migración transnacional. Según Guarnizo (1997), la formación social transnacional es un tipo de organización social que rebasa los límites de los Estados nación e implica que «la producción, transformación y reproducción de las matrices del poder económico, político, social y cultural de un país se realiza dentro y más allá de sus fronteras, constituyendo un *espacio dilatado transfronterizo* en el que se expresan relaciones translocales, multilocales y propiamente transnacionales» (Guarnizo 2005: 21). En esta formación social transnacional, Guarnizo (2003) propone entender las formas del vivir transnacional como el punto focal para el análisis de prácticas y relaciones.

Circuitos migratorios transnacionales

La propuesta de circuito migratorio transnacional implica una dimensión socioespacial de las movilidades humanas. Considera a la migración, por un lado, como un movimiento entre lugares y, por otro lado, entre comunidades con formas de vida distintas; luego, las relaciones que establecen los migrantes son necesariamente relaciones socioespaciales o espacializadas, las cuales son estudiadas no solo a través de la formación de redes sociales (los vínculos entre personas), sino de circuitos que implican también las relaciones entre los lugares, los bienes simbólicos y todas las conexiones que se tejen entre estas. Roger Rouse (1991 y 1996) propone que un circuito migratorio transnacional se constituye a partir de la circulación de personas, dinero, bienes e información, así como por los múltiples lugares de establecimiento de los migrantes, los cuales se encuentran conectados y llegan a constituir una sola comunidad extendida a través de una variedad de sitios (Rouse 1996: 254). A pesar de que los circuitos —en la concepción de Rouse— interconectan mundos distantes en algún sentido yuxtapuestos, como parte de la experiencia de la migración, el análisis desde el circuito transnacional considera que tal proximidad no produce ni homogeneización ni síntesis en el ámbito sociocultural, sino una combinación de culturas demarcadas espacialmente. La figura del circuito evoca circulación, mientras que la red refiere conexión. Focalizar el estudio en un circuito migratorio transnacional permite observar también los arreglos pseudoinstitucionales de la negociación comunitaria y no solo los nexos individuales entre personas; asimismo, da cuenta de la importancia de los lugares involucrados y su significado en la dinámica circular.

6. Notas finales: algunas estrategias metodológicas

Los retos metodológicos de los estudios transnacionales son múltiples, desde definir unidades de análisis que propongan alternativas efectivas al nacionalismo metodológico y que no reproduzcan los mismos niveles y unidades analíticas que limitan la comprensión de los efectos de las relaciones sociales hasta la realización de estudios comparados que den cuenta de procesos globales y regionales de más largo alcance, no solo en términos de temporalidades largas, sino también de explicaciones multiespaciales, multiniveles y multicausales de los procesos. Aun más, uno de los retos mayores de los estudios transnacionales consiste en construir otro tipo de datos, que no necesariamente estén circunscritos a lo nacional, teniendo en cuenta que la mayor parte de las bases de datos e información cuantitativa, censos e investigaciones de caso está basada en esa unidad de análisis que da cuenta de las dimensiones de lo nacional, de los Estados federados o, en términos generales, de las unidades administrativas de los Estados nacionales.

Las investigaciones en esta perspectiva plantean el reto de la construcción de otras herramientas e instrumentos que permitan, además de interrelacionar diferentes niveles analíticos, conducir investigaciones que puedan producir datos relativos a interconexiones más allá de procesos interregionales y regionales, capaces de capturar flujos, experiencias e identidades no circunscritas a espacios locales, sino a través de nuevas unidades espaciales, producto de las interrelaciones. Es precisamente en esta línea en la que los investigadores podemos crear instrumentos metodológicos novedosos para aprehender estos procesos. La realización de censos multilocales o comunitarios, por ejemplo, en una sumatoria de los miembros de una misma comunidad en los lugares a través de los que se mueven es, sin duda, uno de esos instrumentos novedosos y creativos, inspirados por el trabajo de Michel Kearney. Hoy en día, uno de dichos instrumentos, el llamado *censo transnacional*, es desarrollado e implementado por el Seminario Permanente en Estudios Transnacionales de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, en México.

Sin duda, para estudiar las dinámicas y las interacciones involucradas en la experiencia de la migración transnacional, es necesario realizar investigación multisituada, para explorar las interconexiones entre las diferentes escalas geográficas y niveles de análisis. Algunos autores, como Marcus (1995), han propuesto la etnografía multisituada como una estrategia metodológica adecuada para abordar el estudio de los procesos transnacionales; el autor propone que la investigación sea móvil y «[...] siga a las personas» (Marcus 1995: 72). Esta metáfora supone mirar movilidades con todos sus elementos, no solo multilocalmente, sino translocalmente —como sugiere también Hannerz (1996)—, lo cual implica mirar en los intersechos, en esos nuevos lugares que se producen como parte de la experiencia de la migración, en los que es posible dar cuenta de las interconexiones locales-globales y las múltiples topografías de la vida social.

En estas estrategias metodológicas propuestas por diversos autores, está implícita la idea que Vertovec (1999) ha puntualizado en sus trabajos recientes: la investigación colectiva, multidisciplinaria e interdisciplinaria realizada en una variedad de localizaciones, que permitan incluir también las intersecciones transnacionales en el trabajo académico (Vertovec 1999: 457). Finalmente, se trata de contribuir al diálogo interdisciplinario transnacional para entender los circuitos complejos, es decir, estudiar y comparar diferentes circuitos migratorios por académicos insertos en diversas localizaciones geográficas y desde diferentes posicionamientos teóricos.

Los circuitos migratorios complejos: una propuesta metodológica

Hoy en día, muy diversas propuestas metodológicas se están gestando en los estudios de migración, algunas de ellas son propuestas híbridas que incluyen unidades de análisis

y estrategias de investigación que provienen de diversas vertientes de los estudios transnacionales (confróntese, por ejemplo, Brettell y Hollifield 2000); entre ellas, se encuentra la de los circuitos complejos, que incluye el estudio de las migraciones internas e internacionales en períodos históricos largos, analizados como procesos intrínsecamente interconectados en circuitos migratorios transnacionales (Rivera 2004 y 2007). La concepción de circuito migratorio⁵ en esta propuesta implica no solo la vinculación entre espacios geográficos ligados por migraciones o por desplazamientos temporales, sino la construcción de otros lugares conectados a través de vínculos interpersonales y prácticas transnacionales. En esta concepción, la vinculación entre espacios no implica necesariamente haber migrado, ni tener relaciones de parentesco directo entre quienes se mueven en esos espacios, sino estar involucrados en las redes que activan el circuito a través de vínculos, los cuales pueden ser considerados, incluso, como «débiles» (Grannovetter 1985), o bien no moverse del lugar de origen, pero estar en contacto con una persona migrante a través de cartas, llamadas telefónicas, historias narradas, enviar o recibir regalos, ser receptor de remesas, intercambiar recetas de cocina, remedios caseros, etcétera (confróntese Levitt 2007), vínculos de intercambio que permiten a un «sedentario» actualizarse en la red y estar activo en una relación transnacional o, más concretamente, en una relación translocal a distancia; incluso, le permiten ser un «participante activo» en el circuito, aún sin haber movido un pie de su lugar de residencia u origen.

En esta propuesta de circuito migratorio complejo, el involucramiento en redes sociales y el desarrollo de prácticas translocales y transnacionales pueden contribuir a crear o transformar lugares geográficos en lugares simbólicos de encuentro e intercambio y dibujar persistentemente, a través de estos flujos, la figura del circuito; incluso, los no migrantes pueden contribuir a generar nodos importantes, en los que las historias de las personas que habitan estos lugares y, en general, las personas involucradas en estos trayectos pueden convergir y generar intersecciones, concatenar otras rutas y trayectos; finalmente, construir, incluso sin ser jamás un migrante, historias de vida influidas por la experiencia migratoria.

Sin duda, la conformación de estos circuitos es dinámica y solo podemos tener una fotografía del momento a través de la investigación, pues continuamente se

5 La propuesta de circuito migratorio complejo está basada en la investigación sobre el circuito migratorio Mixteca-Nueva York-Mixteca, el cual incluye dos puntos al interior de México: municipios de la región Mixteca del estado de Puebla y el municipio de Nezhualcóyotl en la zona metropolitana de la ciudad de México, y su conexión hacia la ciudad de Nueva York. La propuesta parte del análisis de dos trayectos internacionales: Mixteca-Nueva York y Nezhualcóyotl-Nueva York, además de un trayecto interno: Mixteca-Nezhualcóyotl. Incluye el estudio de prácticas translocales y transnacionales, así como el estudio comparado de los tres trayectos a través de un análisis de redes, de la conformación de espacios físicos y de lugares simbólicos (Rivera 2004 y 2007).

reconstituyen las relaciones sociales y los vínculos, e incluso se enlazan otras personas y nuevos lugares, los cuales se vuelven relevantes para la vida de quienes se relacionan con estos espacios involucrados en el circuito, aun cuando no todos lo hacen físicamente. Por esta razón, la noción de tiempo largo y la dimensión espacial en los estudios sobre circuitos migratorios son centrales para entender las dinámicas de interconexión translocal y transnacional.

De hecho, algunos de los agentes conectores en los circuitos migratorios no necesariamente son migrantes activos contemporáneos. Algunos lo fueron una vez; otros son transeúntes constantes por solo un trayecto interno, por ejemplo, pero pueden seguir jugando roles cruciales en el enlace de los trayectos identificados como parte del circuito. Incluso, algunos de ellos nunca han sido migrantes internacionales y hoy siguen asentados en sus lugares de origen. En suma, me interesa mostrar, desde esta propuesta del circuito complejo —la cual se diferencia, en algún sentido, de la propuesta de Rouse (1996), particularmente por el uso del análisis de redes a la par que el de circuito—, cómo las lógicas de la vinculación entre los espacios pueden contribuir a seguir prefigurando la dinámica circular y a empezar a entender cuáles son los efectos socioespaciales y relacionales en cada uno de estos puntos que se enlazan de manera diferente —no solo en términos temporales, sino relacionales y funcionales— en la dinámica de un circuito migratorio.

Así, la figura del circuito no solo es metafórica y hace referencia a la circulación de flujos de personas en un sentido demográfico, sino también refiere la circulación de bienes simbólicos y dinero, factores que lubrican cotidianamente los engranajes del circuito migratorio y lo hacen funcionar de manera efectiva; por esa razón, una segunda parte de la estrategia de investigación relacionada con estos circuitos consiste en entender las formas diferenciadas de vinculación e intercambio simbólico que hacen posible que diferentes trayectos internacionales se interconecten y, a la vez, que, en cada trayecto, la experiencia migratoria tenga diferentes efectos, tanto sobre las formas de inserción en los llamados lugares de destino como en los de retorno, e influencia diferenciada sobre los lugares de origen. En suma, pensar desde un circuito complejo implica reconceptualizar las fronteras de la vida social y dar cuenta de que los vínculos y las prácticas de los sujetos contemporáneos no solo rebasan fronteras locales, regionales y nacionales, dentro de las cuales, tradicionalmente, estudiamos las relaciones sociales —como contenedores que clasifican y separan—. Desde esta propuesta, pretendemos reflexionar también sobre otros lugares y otras fronteras que se construyen en el ir y venir —de personas, bienes simbólicos y dinero—, las cuales también delinear y forman la vida social contemporánea. Esta es una propuesta que particularmente experimento en el análisis de la migración comparada de trayectos internos e internacionales, urbanos y rurales entre México y Estados Unidos, para entender las formas en las cuales los migrantes se incorporan entre estos lugares.

La propuesta implica la realización de investigación multisituada, pero también el ejercicio de visualizar los intersechos tanto transnacionales, como translocales y no perder de vista que estos se conforman entre regiones desiguales.

Finalmente, este capítulo no agota los debates actuales relacionados con las formas de hacer investigación sobre la experiencia migratoria desde la perspectiva transnacional; por el contrario, representa solo una pincelada de algunas reflexiones y debates que están teniendo lugar en las ciencias sociales. La complejidad del proceso migratorio contemporáneo reclama nuestra creatividad, pero también una actitud abierta a la integración de equipos multidisciplinarios de investigación y, necesariamente, también transnacionales.